



DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 2

Lorca 20 de Abril de 1897

Num. 48

SUMARIO

El Pantano, por J. M. Campoy.—El Almaizar de Zulima (continuación), por Alfonso Espejo.—Sor Gabriela, por José Mención.—Vibraciones, por F. Collado Salinas.—Mesa revuelta.

EL PANTANO

TRADICIONES DE MI PATRIA

Triste como el recuerdo de la catástrofe, que nunca olvidará Lorca, es la tradición que voy á contaros.

Al pie de la hermita de Ntra. Sra. de la Peña, en la margen izquierda del Guadalentin, existía un antiguo molino, conocido con la denominación del Mellado... en la mañana del día 30 de Abril de 1802. (1) Celebrábase en el mismo una de esas fiestas de familia de imperecedero recuerdo. En el día á que nos referimos, se habían jurado al pié de los altares mútuo y perdurable amor Huertas, hija del opulento molinero, y Clemente, hijo único de un acomodado labrador de la rivera. Pareja tan igual, tan apuesta y tan amante, pocas

(1) Los lugares y sus nombres á que en ésta tradición me refiero, están tomados de una excelente fotografía debida á la atención de mi buen amigo D. José Rodrigo, á quien, aprovechando esta ocasion testifico una vez más mi afecto. La fotografía es de un grabado que delineó Patricio Delcalzo contemporáneo de la catástrofe, habitante en la calle de la Cava, y que grabó Juan Lariz. Da una idea exacta de la ruina producida en Lorca por el rompimiento del Pantano de Paentes,

yces se habían dado la mano con eterno juramento. Ella era la verde yedra que fresca y lozana sonríe á la primavera: él el robusto roble donde aquella se enlazaba, para espaciarse en su amor, ascendiendo juntos al cielo de su felicidad. Las familias y amigos de ambos, al ver irradiar la frente de los desposados de ruboroso júbilo, celebraban con alegre fiesta, en la amplia cocina del molino, el venturoso enlace, haciendo votos por la eterna dicha de los recién casados.

El baile y la algazara no dejaban percibir ruido alguno exterior, y entendiéndose con una mirada, que revelaba sus mútuos pensamientos la enamorada pareja, se alejaron momentáneamente para encontrarse en la plazuela que delante del molino se estendia. Era la hora de la siesta de un día espléndido de primavera y los álamos y acacias que cercaban aquél sitio, la prestaban fresca sombra embalsamado por altos rosales que ciñendo el circunito, al abrir sus delicadas flores dejaban escapar sus primeros perfumes. Allí, enlazados de las manos los amantes, se sentaron sobre el banco de mampostería que rodeaba la placeta, y alejados de importunos testigos, hablaban con sus ojos más de lo que podía expresar su lengua. Contempláronse un momento dibujando sus labios una sonrisa, mientras Clemente en la emoción del amor, decía:

—¡Qué feliz soy! Veo realizados ya nuestros ensueños, y nunca olvidaré el momento en que el último sí tuyo, selló mi amor para siempre.

—Tampoco yo lo olvidaré un instante, contestó Huertas, y mi puro amor, que Dios ha bendecido, y que tan feliz ahora me hace, será mi último recuerdo.

De repente un ruido comparable al de huracan desencadenado, extinguió en sus labios